

De 12 a 16 años

La dama de las grutas

Un cuento escrito por **SILVIA PAZOS**
ilustrado por **CECILIA VARELA**,
al que **ANNE IGARTIBURU** ha puesto voz.





La dama de las grutas

Una leyenda marinera cuenta, que siguiendo a la Estrella Polar en Luna Nueva, a tan sólo unos cientos de millas del continente, es fácil oír el clamor de un misterioso temporal a lo lejos.

Los navegantes lo suficientemente osados para quedarse a escuchar, confiesan que la tormenta no avanza ni retrocede. Se queda rugiendo siempre en el mismo lugar, y los silbidos del viento recuerdan a alaridos de parturienta.

Los cuatro insensatos que se han atrevido a acercarse, acreditan que en medio de la ventisca es posible vislumbrar la silueta de una isla; y que está habitada, pues la luz de un faro los invita a fondear en su costa. Pero los lamentos del vendaval

no son tan atractivos como los cantos de sirena, y probablemente, eso los libra del naufragio.

Ningún navegante se ha arriesgado a entrar en puerto para no exponer el frágil casco de su barco a las afiladas rocas del acantilado; pero muchos te pueden dar datos exactos de sus coordenadas, con grados, pelos y señales.

Personalmente, no creo que esa isla misteriosa se encuentre a tantos grados latitud Norte o cuantos grados longitud Oeste. Más bien debe de estar... al fondo de tu mente a la izquierda.

Y aunque nadie conoce su nombre, lo cierto es que tiene uno, y se llama Procelia.

En Procelia los musgos y líquenes dominan el terreno, invadiendo troncos, rocas y paredes; y los helechos han crecido tanto que parece que quieren regresar a su prehistórica Edad Dorada.

Todo en el pueblo se ve como herrumbroso, gastado, rojizo por el óxido. Pero sobre todo está torcido: cualquier objeto vertical, ya sea torre, edificio, poste o chimenea se encuentra inclinado, en variadas direcciones, según le dé el viento. Porque, efectivamente, es ese fenómeno atmosférico lo que ha generado tal idiosincrasia formal.

El vendaval, los temporales... han azotado a Procelia desde siempre, o al menos no hay nadie que recuerde tiempos –atmosféricos– mejores.

Tal vez por eso los Procelanos estén tan pálidos y despeinados; y, para que nos vamos a engañar, más bien un poco chalados.

Podríamos rozar el ridículo y decir “En Procelia abunda la extravagancia”, pero en realidad lo que abundan son los locos. Y lo más curioso es que a todos ellos

les da por la misma idea fija: insisten en que la ventisca trae consigo un lamento que se les mete en las entrañas y los hace llover por dentro. Muchos de ellos imploran, entre sollozos, que alguien ayude al viento, que lo calme, que lo libre de su dolor.

Y el resto de los Procelanos callan, porque en su interior siempre han sabido que el viento no sopla, sino que llora, pero no dicen nada para no ser tachados de perturbados.

Pues en este ambiente insano creció Hugo. Pero él había conseguido esquivar los efectos nocivos de la borrasca con una receta propia: estar siempre ocupado.

A sus 19 años había rodeado a nado la isla varias veces, escalado todos sus picos, y explorado casi todas sus grutas. Conocía casi todos los recovecos de la isla, y a todos los Procelanos, y nunca lo veías cansado, ni siquiera sentado.

Era puro ritmo, velocidad y fuego, por eso llamaba la atención la preferencia que mostraba por su amiga Elda, una de las chicas más silenciosas de Procelia. Ella había evitado los malos aires de un modo muy diferente: creando su propio refugio interior.

Había alcanzado tal grado de reflexión, profundidad de carácter y al mismo tiempo de imaginación y humor surrealista, que pocas personas comprendían su conversación; así que tampoco hablaba demasiado, total, eso la cansaba. Prefería reírse por dentro.

De este modo, es lógico que la agradara tanto la compañía de Hugo, que siempre tenía algo que contar, con la virtud añadida de que sabía sacarle brillo a todo, a su lado hasta el objeto más insignificante parecía lleno de vida.

Mucha gente se había preguntado cómo dos personas tan distintas podían pasar tanto tiempo juntas, sin reparar en que la energía excesiva y caótica del chico encontraba un sereno cauce en la clara y honda estructura de Elda, y ella absorbía el fuego de Hugo como una savia que la nutría por dentro y transformaba sus palabras en ámbar.

En ocasiones, cuando alguna ventisca les impedía salir de casa, se reunían en la caseta de jardín del chico y fantaseaban sobre lo que harían cuando abandonaran Procelia. Pero en el fondo ninguno de los dos quería realmente dejar la isla, y no porque estuvieran especialmente apegados a ella, sino por algo que todos los Procelanos llevaban enterrado en la carne, aunque sólo lo confesaran los locos, y esto era una voz interior que les suplicaba: “tienes que calmar los sollozos del viento”.

Lo que ellos no sabían es que, por alguna razón, habían sido los elegidos para dar solución a tal súplica, en aquella semana de agosto en que las tormentas dieron una tregua...

Ese año, agosto trajo consigo cinco días claros, así que los dos muchachos decidieron salir a explorar una de las zonas más desconocidas de la isla, ni siquiera Hugo había estado allí.

Se internaron por una oscura vereda de árboles retorcidos que transpiraban una humedad densa de tarde de verano, hasta hacer un emocionante hallazgo: encontraron la entrada a una cueva de apariencia inexplorada.

Con unos troncos secos compusieron un par de antorchas y se introdujeron en el interior de la gruta. En el momento de cruzar, ambos sintieron un escalofrío que no se debía sólo al descenso de la temperatura, pero no dijeron nada.



Un poco más adentro se agacharon a beber agua de un manantial subterráneo, sin embargo Elda advirtió algo que la asustó mucho, al fondo de la cueva podía verse una luz parpadeante... allí había alguien más... y lo que vino después les heló la sangre:

Desde el fondo de la caverna empezó a surgir un lamento, al principio débil y quejumbroso, después fue aumentando gradualmente de volumen, y al mismo tiempo se levantó una brisa que se acabó convirtiendo en ventisca.

Los chicos huyeron de allí, porque ese quejido se les clavaba en los huesos como agujas de pánico. Afuera ya arreciaba la borrasca.

Ante la confusión que reinaba, Hugo no reparó en que Elda, menos experta en la exploración de cuevas, había tropezado en una estalagmita y se había caído. El estruendo de la ventisca ocultó los gritos de ayuda de la chica, que no era capaz de levantarse. Cuando volvió la vista hacia el interior de la cueva comprobó con horror que una figura se le acercaba, y que los alaridos provenían de ella.

Por su parte, cuando Hugo salió de la gruta y se dio cuenta de que Elda no estaba junto a él, no dudó un instante en entrar de nuevo a ciegas para rescatarla, confiando en que lo guiase su instinto.

–¿Te encuentras bien?– le preguntó la extraña figura a Elda. A pesar de la oscuridad no parecía un fantasma, sino una mujer de mediana edad con unos enormes ojos tristes.

–Sí... sí– tartamudeó la chica– me duele un poco la rodilla, pero seguro que pronto viene un amigo y ya me echa una mano...

–Está bien– respondió la mujer– pero es mejor que tu amigo te ayude después de que yo te haya aplicado un remedio.

Elda pensó que lo mejor era seguirle la corriente, y apoyándose en su hombro, se incorporó. Ambas emitieron un quejido.

–¿A usted también le duele algo?– preguntó la chica.

–Me temo que me duele todo.

En ese momento Elda reparó en que el temporal había cesado.

Un poco más adentro estaba el verdadero refugio de la mujer, iluminado por el fuego de una hoguera. Había recubierto la estancia con pieles de animales, y en diferentes huecos podían verse todo tipo de productos: alimentos, hierbas, ungüentos, utensilios...

Además, usando pigmentos naturales y grasa de animales, había pintado las paredes con figuras sencillas y retorcidas que mostraban todo un mundo interior, original y fresco.

–Me llamo Lola– dijo mientras calentaba unto en una olla y le añadía plantas frescas.

Elda pensó que era un nombre muy común para tan extraño personaje. Lo más característico de su rostro eran sus grandes ojos brillantes, siempre al borde del llanto, y una serie de arrugas en las que se podía leer la marca de un sufrimiento habitual. Y a pesar de todo eso, tenía un cabello brillante que le gustaba adornar con peines de nácar y flores secas, y lucía unos collares de piedras de colores que tintineaban a su paso con un alegre rumor. Embadurnó una tela con el ungüento y se acercó a la chica.



–Esto bajará un poco la inflamación.

Justo en ese momento apareció Hugo por detrás de la mujer y la inmovilizó.

Ella comenzó a gritar de dolor, levantando un torbellino de viento y lluvia a su alrededor.

Elda le gritó a Hugo que la soltase, y el chico aflojó un poco, hasta que Lola fue remitiendo algo en sus quejidos, junto con el temporal.

La mujer se dejó caer al suelo, gimoteaba débilmente mientras una ligera brisa movía los objetos de su cuarto.

–Lola, ¿estás bien?– preguntó Elda.

–Bueno, no mucho– respondió mientras se recostaba en unas pieles, y luego añadió– siento haber provocado esta tempestad.

Los chicos se extrañaron por tales palabras ya que aún no habían relacionado ciertos fenómenos. Y le preguntaron cómo era posible que la hubiera provocado ella.

Lola giró la cara e hizo una pausa dubitativa antes de empezar a hablar.

–No sé cómo, pero cuando el dolor de mi cuerpo es tan insoportable que no me lo puedo guardar, tengo que gritar, y mis plañidos causan borrascas que se extienden por toda la isla.

Elda y Hugo se miraron sorprendidos, por fin veían la luz de un misterio que había acompañado a Procelia desde siempre, y sintieron alivio al darse cuenta de que, paradójicamente, en esa isla hasta los locos tenían razón.

Hugo se sentó junto a la mujer, muy intrigado por saberlo todo.

–Entonces, Lola, ¿desde cuándo provocas temporales?

Ella se quedó pensando, ya había perdido la cuenta... Desde que empezaron los dolores, creía.

–La verdad es que apenas recuerdo mi vida sin sufrimiento– empezó a relatar– supongo que de niña me encantaba atravesar corriendo los campos de trigo, y que, ya moza, me pondría zapatos rojos para ir a las fiestas... Pero sí que recuerdo cuando me empezó a doler, un tormento agudo que no venía de ninguna parte, pero que siempre estaba ahí, que me inmovilizaba, no me dejaba dormir y me impedía pensar en otra cosa.

Recurrí a todos los doctores y curanderos de la isla, me dieron todo tipo de pócimas y me hicieron toda clase de conjuros, pero el dolor no remitía.

Mi enfermedad empezó a irritar a los que me rodeaban. Había mucha faena que hacer, y algunos días yo apenas podía levantarme de la cama. Además, a todo esto se unían mis lamentos, porque, a pesar de que trataba de reprimirlos, acababan aflorando: me quejaba en casa, cuando iba a la siega, lavando en el río, el Día del Patrón... Hasta que llegó un punto en que los vecinos no lo soportaron más, ya que, para colmo, no me creían, pensaban que mi mal sólo era una excusa perezosa. Y los más jóvenes se reían de mí, y me insultaban, porque tampoco tenía fuerzas para unirme a sus fiestas.

Así que un día se reunieron para hacerme una última advertencia: o me comportaba como todos y sin gimoteos, o tendría que abandonar el pueblo.

Me sentí completamente incapaz de cumplir esas condiciones, por lo que, presa de una enorme pena, me fui de la aldea que me vio nacer.

Encontré una gruta para cobijarme sin molestar a nadie, pero la tristeza del destierro agudizó mi calvario. Alejada de todo el mundo, empecé a gritar cada vez

que me atacaban los dolores, para espantar al mal de mi cuerpo y conseguir un alivio momentáneo. Al principio no pasaba nada, pero con los años empezó a levantarse el viento, después las tormentas, y finalmente los temporales.

Aún así no puedo evitar seguir gimiendo, es el único modo de aliviar un poco esta tortura, si no me volvería loca... –y añadió en tono suplicante– por favor, no os enfadéis conmigo por eso.

Pero los chicos no estaban enfadados, más bien conmovidos. Hugo se acercó a ella y le agarró una mano diciendo:

–Siento mucho haberte hecho daño.

Ante estas palabras, de los brillantes ojos de la mujer cayeron varios objetos semejantes a perlas. El chico las recogió, sorprendido.

–¿Has llorado tú esto?

–Puede ser– respondió Lola– al agarrarme la mano he sentido como si mi sangre se hubiera transformado en leche tibia, es normal que haya llorado perlas– y tras sonreír por primera vez continuó– puedes quedártelas, gracias a ti me duele un poco menos.

Él las aceptó maravillado y se las guardó en el bolsillo.

Los dos jóvenes le prometieron que hablarían con la gente de Procelia para tratar de buscar un remedio que paliase un poco tanto el tormento de Lola, como las tormentas que asolaban la isla. Y, cuando la rodilla de Elda empezó a mejorar, partieron hacia el pueblo.

Allí intentaron contactar con doctores, autoridades y gente influyente. También fueron a jardines, plazas y mercados; y a todo el mundo le relataban la



historia de la mujer de la gruta. Pero, como era de esperar, nadie los creía, es más, pensaban que finalmente les había dado un mal aire y se habían unido a la nave de los locos.

Finalmente los chicos cayeron en la cuenta de la prueba que demostraría la veracidad de sus palabras: las lágrimas perladas de Lola.

Hugo metió la mano en su bolsillo, comprobando, con disgusto, que tenía un agujero. Las había perdido todas por el camino, y ya era muy tarde para regresar a la cueva.

–Mañana, mañana volvemos a la cueva, mañana– decía el chico con su vehemencia habitual– traeremos más perlas y tendrán que creer que Lola existe.

Así que se fueron a acostar.

Pero lo que los chicos no sabían, es que esas perlas en realidad eran pálidas semillas que se habían desperdigado por la isla. Esa noche las simientes germinaron y de ellas nacieron juncos, acacias, rosales y zarzas.

A la mañana siguiente Elda se despertó con el clamor de un nuevo temporal; sin embargo, por entre los habituales sollozos le pareció sentir otros sonidos menos comunes. El corazón le dio un vuelco cuando Hugo se presentó de golpe en su habitación gritando.

–¡Despierta, vístete y acompáñame! ¡Creo que está pasando algo!

Sin importarles la tronada, los chicos se apresuraron en volver sobre sus pasos del día anterior, descubriendo nuevos prodigios.

Lo primero que les llamó la atención fue una acacia que no habían visto antes, pero la verdadera maravilla ocurría cuando los lamentos del viento pasaban

por entre las ramas, transformándose en nanas tan suaves como sus flores. Y en otros lugares, una mata de juncos ululaba como una flauta, los rosales encarnados danzaban a ritmo de tango, y las zarzas hacían sonar un rock.

Y lo mejor de todo era que, a su paso, el temporal se transformaba en una brisa tibia que acariciaba la piel y calmaba los sentidos.

Hugo y Elda corrieron junto a Lola para informarla del milagro, explicándole que en ella misma estaba la cura a los males que involuntariamente causaba.

–Ahora todo el mundo sabrá de ti, y se alegrarán mucho de que existas. No te preocupes, ya nadie te va a hacer daño.– Le dijeron.

Estas palabras provocaron en la mujer numerosas lágrimas blancas, que los chicos recogieron con mucho cuidado.

Así que, los muchachos regresaron al pueblo para mostrarle a sus habitantes esas preciosas simientes. Los vecinos sintieron al menos curiosidad por saber de dónde las habían sacado, y escucharon de nuevo la historia con escepticismo. Algunos decidieron ir un poco más allá y los acompañaron hasta los lugares donde las plantas cantaban, comprobando la sinceridad de su relato; y, fascinados, les pidieron algunas de esas semillas perladas para su jardín.

–No puede ser– respondió Elda– Lola sólo entrega estas perlas a la persona que es amable con ella. Si queréis alguna semilla debéis ir a verla y ser afectuosos, de este modo ella llorará así su gratitud.

En consecuencia, todos los Procelanos fueron poco a poco sabiendo de Lola, que siempre respondía a cualquier muestra de aprecio con blancas lágrimas



agradecidas; y el pueblo se vio desbordado por una vegetación que los calmaba y los alegraba a partes iguales con sus melodías.

Pasando el tiempo, los mismos vecinos le pidieron a Lola que se trasladara a vivir de nuevo a la aldea, y las simientes de ese día hicieron crecer naranjos que perfumaron toda Procelia con canciones dulces y tibias como el azahar.

De este modo, el tormento de la Dama de la Gruta se hizo más llevadero, y sus dolores más leves; ya que la amabilidad de la gente le impregnaba la piel y le templaba el cuerpo, como un magnífico analgésico. Y una mañana se despertó con una nueva certeza: su nombre había cambiado, ya no se llamaba Dolores, sino Esperanza.

Así que a Procelia ya no le molestan las tempestades, incluso las desea en secreto, porque en los jardines serán transformadas en rumbas, valsos, baladas o sonatas. Y en el Continente todos conocen esta leyenda; una chica misteriosa y su impetuoso compañero se la cuentan a cualquiera que desee escucharla. Y cuando les preguntan a qué altura se encuentra esa isla maravillosa, siempre contestan:

–Tienes que navegar muy al fondo de tu mente, y luego virar a la izquierda.